

OCTAVIO PAZ

UNA BIOGRAFÍA PRIVILEGIADA

Miguel Ángel Flores*

En el primer año del siglo XX, en 1901, la vida en México se deslizaba suave, apaciblemente. Las familias acaudaladas y las que gozaban de una vida digna, que formaban una brevísima minoría, paseaban los domingos por los senderos del Bosque de Chapultepec y recorrían el Paseo de la Reforma a caballo, y hacían sus tertulias y comían en los cafés y restaurantes de verdadero lujo imitando el estilo de vida de París. Era el reino de la tranquilidad de unos pocos y nada parecía haber cambiado con el nuevo siglo, ni en México ni en el mundo. En Portugal parecía perpetuarse la Monarquía y en Rusia el Zar reinaba por la gracia de Dios. El Imperio Austro-Húngaro, a pesar de las fuerzas que se agitaban bajo la superficie de la vida institucional, daba la impresión de solidez.

Sin embargo, todo iba a cambiar a partir de 1910. En México ese año se vio desafiada la Dictadura de Porfirio Díaz. Había comenzado así la Revolución Mexicana, que a punta de balazos convenció a Díaz de que su tiempo histórico se había agotado. En mayo de 1911, Porfirio Díaz, que no tuvo la suerte de caerse de ninguna silla como sucedió con Anto-

nio Salazar, subió al barco de bandera alemana, *Ipiranga*, y desde el puente, con el rostro bañado en lágrimas, mientras una orquesta tocaba «Viva mi desgracia», contempló como se alejaba cada vez más de él, en la línea del horizonte, su amada tierra mexicana. «Hijos ingratos», dicen que murmuró. Algunos dicen que escucharon un adjetivo distinto. Atrás quedaba su amada tierra a la que nunca volvería a ver, a la que todavía no regresa, pues sus restos siguen descansando en el cementerio de Mont Parnasse, de París. Los mexicanos se habían cansado de una dictadura que ya duraba treinta y cuatro años y cuyos saldos eran pavorosos: monopolio del poder político por un grupo reducido de favoritos, trabajadores del campo en semiesclavitud, miseria generalizada, intolerable concentración de la riqueza y un modelo cultural agotado.

La Revolución Mexicana tenía en cierto modo que reinventar el país. Por primera vez muchos mexicanos, es decir los campesinos, desde los trenes, desde los techos de los trenes, pieza fundamental de las campañas militares, empezaron a descubrir un país. Las batallas fueron encarnizadas, por primera vez se ensayaron técnicas de combate que incluían las pavorosas ametralladoras, el bombardeo aéreo y la artillería de una eficiencia que provocó bajas jamás imaginadas por los civiles de aquella época. Era el ensayo general de lo que vendría más tarde con la Primera Guerra Mundial.

* Departamento de Humanidades, UAM-A.

Después de que el grupo Sonora dirimió los principales conflictos con las balas, la Revolución Mexicana inició su periodo de fundación a partir de 1920.

Octavio Paz nació el 31 de marzo de 1914. Año turbulento en México, de discusiones violentas entre los grupos armados que buscaban imponer su proyecto social. Paz solía decir que había nacido en Mixcoac, entonces un suburbio de la ciudad, un lugar de grandes fincas, de casas con extensos jardines y árboles añosos. El nombre de ese suburbio es el recuerdo de que fue un asentamiento importante durante la ciudad azteca, y quiere decir «lugar de serpientes». Pero en realidad, según prueba documental, Paz vino al mundo en lo que era entonces el barrio más elegante de la Ciudad de México: la Colonia Juárez, en la calle de Venecia. Pero allí sólo pasó unos meses; algunos años antes de su fallecimiento el poeta explicó que él consideraba que ese había sido su lugar de nacimiento, pues con pocos meses de vida su mamá se mudó a la casa de la familia paterna, ya que Octavio Paz Solórzano, el padre, por haber militado en el bando de los zapatistas se había visto en una situación difícil. Paz Solórzano, un abogado de formación y que también ejerció el periodismo, se había destacado como agente de Emiliano Zapata.

La infancia y adolescencia de Octavio Paz transcurrieron en la casa del abuelo. Si se empeñó en afirmar durante largo tiempo que su lugar de nacimiento había sido Mixcoac, debemos buscar la explicación de este hecho en que Octavio Paz quiso relacionar la circunstancia biográfica con aspectos fundamentales de su obra y de su visión poética. Mixcoac representaba para él ligarse simbólicamente con la otra parte de su identidad mestiza, sobre todo si tenemos en cuenta que la rama materna de su familia era originaria del Puerto de Santa María, en Andalucía. Y esta identidad mestiza constituyó para él una parte básica de su quehacer artístico y de sus reflexiones filosóficas que se plasmaron en páginas de ensayos fundamentales para comprender la cultura y el arte en el México que surgió de la Revolución Mexicana.

El abuelo de Octavio Paz había sido un ilustre escritor y periodista que había vivido las contradicciones del siglo XIX mexicano: empezó su vida adulta como liberal juarista, es decir militó en el Partido Liberal que encabezaba Benito Juárez, y que alcanzó su mayor momento de gloria cuando el ejército bajo su mando derrotó a las tropas invasoras francesas en el primer intento de Napoleón III por instaurar bajo su tutela el Imperio Mexicano, que tan malos recuerdos dejó a la familia de Maximiliano de Habsburgo y a las casas reales europeas. Irineo Paz no sólo luchó con la pluma sino que tuvo una destacada actuación militar. No tengo tiempo para entrar en detalles de cómo se hizo con el poder Porfirio Díaz en 1876. Apuntemos sólo que Irineo Paz lo apoyó, se convirtió en un, como diríamos hoy, intelectual orgánico del régimen dictatorial. Fundó un periódico y fue dueño de una vasta biblioteca. Tuvo varios hijos, el único varón se llamó Octavio. El que con los años se convertiría en el padre del poeta. La vida de Octavio Paz Solórzano fue azarosa y desordenada. Su trabajo como agente del zapatismo le exigió residir un tiempo en Los Angeles, California, donde intentó conseguir armas y buena prensa para la causa zapatista. Se llevó con él a su esposa y a su hijo. En Los Ángeles el futuro poeta descubrió lo que significaba ser distinto ante los ojos de los demás, ahí se le reveló ese sentimiento que lo acompañaría toda su vida, el de la *otredad*. El niño sólo hablaba en español y tenía dificultad para comunicarse con sus compañeros y eso bastó para hacerlo víctima de la crueldad infantil: a la hora del recreo era blanco de burlas y agresiones; nunca olvidaría esa experiencia. La *otredad* es un eje fundamental en su *ars poética* y fue un tema constante de reflexión: la presencia del otro en todas sus manifestaciones. *El laberinto de la soledad* se inspiró en esa primera experiencia de Octavio Paz en el extranjero.

Octavio Paz Solórzano regresó a México. Tuvo una vida de frustración que se plasmó en el desorden de su existencia. Las balas que cegaron la vida de Emiliano Zapata en Chinameca significaron la incertidumbre para el hasta entonces brillante abogado

y negociador de la causa zapatista. Hombre muy inteligente, destacó en el periodismo con páginas brillantes sobre la experiencia de la derrota de su bando político, pero nunca pudo borrarse en él el estigma del fracaso. Y como sucede en casos semejantes, el alcohol fue su gran refugio. La vida se convirtió en un desorden en la que abundaban las aventuras galantes. Se convirtió en un padre ausente. Sin embargo, para el hijo fue en un privilegio invaluable escuchar hechos y sucedidos de la reciente Revolución Mexicana de labios de uno de sus protagonistas, y hubo ocasiones en que se desempeñó como su secretario: a veces el estado físico lamentable del padre le impedía pasar en limpio sus textos, y más de una vez el joven Paz los concluyó. En dos poemas habló de estos aspectos de su progenitor. En «Pasado en claro» recuerda el alcoholismo de Paz Solórzano: «Atado al potro del alcohol/ entre el vómito y la sed/ ibas y venías entre llamas/ yo nunca pude hablar contigo/ te recuerdo ahora en sueños/ esa borrosa patria de los muertos». En otro poema menciona las conversaciones con él. «En la mesa mi padre habla de Zapata y Villa y el mantel olía a pólvora».

La figura del padre la suplió el abuelo Irineo. Octavio recordó en algunas entrevistas y en algunas páginas de circunstancia el papel tan importante que desempeñó el abuelo en esos años en los que cada hecho, cada conversación, cada libro leído y manoseado se graba en la mente y quedan incorporados en la carne de la memoria. Con el abuelo Irineo daba largos paseos por el aún ambiente rural de Mixcoac, lo acompañaba a las visitas de amigos y él esperaba en los patios plantados de fresnos, se entretenía con otros niños y a veces se maravilla contemplando las nubes y sus formas caprichosas en el entonces azul profundo del cielo del valle de México; juntos hacían ejercicios matinales y leían algunos libros. En la gran biblioteca de un hombre del siglo XIX estaban las novelas de Dostoyevski, Víctor Hugo y Anatole France; y como todo intelectual mexicano decimonónico, su sistema filosófico era el Positivismo y sus poetas favoritos, Alfredo de Vigny, Verlaine y Ronsard. En la poesía mexicana estaban en el esplendor de su popularidad, de una popula-

ridad de la que no han vuelto a gozar los poetas en México, aquellos que llamamos modernistas: Gutiérrez Nájera, Amado Nervo, Díaz Mirón, Urbina. La tía solterona, la tía Amalia (parece que en todas las familias mexicanas siempre hay una tía solterona), hermosa y que, por supuesto, murió célibe, leía en francés, en voz alta, poemas de la época. El fin de siglo mexicano había vivido bajo la órbita de la cultura francesa. No era raro el caso de Amalia en la cultura mexicana de aquellos tiempos. Así pues, la educación sentimental y literaria del niño Octavio Paz corrió a cargo del abuelo y la tía. Era un privilegio haber nacido en el seno de esa familia, que se esmeró en dar una educación de primera al niño Octavio, por eso el abuelo decidió inscribirlo en el colegio Williams que se hallaba en el mismo barrio de Mixcoac. En unas notas autobiográficas escritas a propósito del interés del gobierno de la Ciudad de México de ponerle su nombre a un parque del barrio de su infancia, pocos años antes de su muerte, Paz recordó muy vivamente, con su prosa de lujo: precisa, elegante y apoyada en relaciones poética de hechos y cosas, el colegio de su infancia: «En el colegio Williams me inicié (sin saberlo) en el método inductivo, aprendí inglés y un poco de boxeo, pero, sobre todo, el arte de trepar a los árboles y el arte de quedarme solo, en una horqueta, escuchando a los pájaros. Cuarenta años más tarde descubrí, leyendo *The Prelude*, que Wordsworth había tenido experiencias semejantes en su niñez. Quizá la verdadera imaginación, a diferencia de la fantasía, consiste en ver la realidad de todos los días con los ojos del primer día». Mixcoac fue el paraíso y el purgatorio de su infancia. La familia Paz era una familia venida a menos, había quedado a la deriva de los nuevos movimientos sociales que se producían en México. La casona del abuelo, había visto sus mejores días. Estaba casi en ruinas, con los techos desfondados, y por eso los días de lluvia eran un martirio. Milagrosamente, y gracias a una orden de monjitas, su actual dueña, la casa se ha salvado de las injurias y humillaciones del neoliberalismo. La casa está en una pequeña plaza, donde, por extravagante que esto suene tratándose de la Ciudad de México, aún es posible sentir en ella la presencia de

otros tiempos, no diría que mejores, pero sí de experiencias urbanas más gratas. «la Plazuela de San Juan [dice Paz]. Frente a frente una iglesia diminuta del siglo XVII y dos casas grandes. Una era de los Gómez Farías, una construcción de fines del siglo XVIII, vasta y de noble fachada: la otra era la de mi abuelo, afrancesada como toda la arquitectura mexicana de principios de siglo». Casi no es necesario decir que en ese barrio de la infancia tuvo la revelación de lo que significa para todo hombre la presencia femenina: eros empezaba a asomar su rostro. «Cerca [escribe Paz], una panadería albeante y, entrevistas un instante entre una puerta y un mostrador, las albeantes hijas del panadero asturiano. Era pan, manzanas y queso en un mantel sobre un prado: nostalgia de la sidra, la gaita y el tambor».

Con la adolescencia los horizontes se ampliaron. Desde el entonces lejano Mixcoac el joven Octavio Paz debía trasladarse al centro de la ciudad, primero a la Secundaria No. 3, en la calle de Marsella, y después a la Escuela Nacional Preparatoria, en lo que ahora llamamos el Centro Histórico. Se iniciaron así los viajes en tranvía, en el eléctrico, como dicen los portugueses, que significaban un largo recorrido a través de la ciudad de aquellos remotos años treinta. Ese, entonces, moderno medio de transporte, se haría tan familiar en la vida del futuro poeta que en ellos quedó sembrada la huella de lo que ya era su firme vocación de escritor. «Los tranvías eran enormes, cómodos y amarillos. Los de segunda clase olían a verduras y frutas; los agricultores transportaban en huacales sus mercancías a San Juan y a La Merced. Los tranvías iban hacia el norte, a México, y, hacia el sur, a San Ángel y el remoto Tizapán de resonancias Zapatistas. Tardaban cincuenta minutos de Mixcoac al Zócalo. Mientras fui estudiante [más de diez años] viajé en esos tranvías cuatro veces al día: en ellos preparé mis clases y leí novelas, poemas, tratados de filosofía y folletos políticos».

Los años transcurridos en la Escuela Nacional Preparatoria fueron decisivos en su formación. El clima intelectual era bastante vivo. En el terreno de la política los Generales que habían triunfado en la Revolución, los Generales venidos del norte de Méxi-

co, el México blanco, y que se agrupaban en el llamado Grupo Sonora, afirmaban su poder en las instituciones del Estado y las remodelaban. Esos Generales habían encargado al joven filósofo y escritor, José Vasconcelos, que definiera y diera cuerpo a una política cultural con la cual se pudiera identificar al nuevo Estado, el Estado surgido de la Revolución Mexicana, nuestro Estado Novo, que tuvo algunos puntos de coincidencia con el de Salazar, un Estado Novo que curiosamente hermano al portugués y el mexicano en el gusto por los despliegues de monumentabilidad de la arquitectura fascista, pero que fueron radicalmente distintos en su promoción de la cultura. Vasconcelos, inspirado en Lunacharky, el comisario para la cultura de los soviéticos, invitó a los pintores para que ensayaran en los muros de los edificios las propuestas de una nueva estética. El tema central de las pinturas murales fue la Revolución Mexicana. Se trataba de dejar el testimonio de la exaltación de una epopeya. Se iba al rescate de lo mexicano. Se daba un valor a lo prehispánico y al arte popular. Vasconcelos organizaba campañas de alfabetización y editaba en tirajes masivos los libros de los clásicos de la cultura universal, y sobre todo ponía a disposición de los pintores los muros de los edificios públicos para que ensayaran nuevas técnicas de composición plásticas, para que pintaran con total libertad lo que su inspiración e interés les dictara. Así surgió el movimiento muralista mexicano que al mismo tiempo nos legaba una visión epopéyica de la Revolución Mexicana, y una crítica despiadada de ésta. No tomó mucho tiempo antes de que se manifestaran las contradicciones de esa misma revolución: se fomentaba un ambiente de total libertad de creación, mientras por otro lado se protegía a los que Gramsci llamó intelectuales orgánicos. Se daba trabajo a los escritores y por el otro se agredía a los que no se identificaban con los gustos estéticos de la nueva clase política. En los años de la Preparatoria Octavio Paz asistió al gran debate que duraría casi una década entre nacionalismo y cosmopolitismo. La Revolución hizo posible que los escritores de la generación anterior a Paz viviera cierta profesionalización de sus tareas intelectuales. Se abrieron puertas al ancho

mundo. Esos escritores jóvenes, sólo aventajaban a Octavio Paz en edad por cerca de una década, veían siempre con envidia que en España existiera la *Revista de Occidente*, y que nada semejante en México. Y en lugar de vivir en la constante y estéril envidia, se dieron a la tarea de fundar una revista, que seguía ese modelo adaptado a las circunstancias mexicanas, y que llamaron *Contemporáneos*. Una gran empresa cultural sin la cual no se explica cuanto aconteció en las letras y las artes de México en el presente siglo. En sus páginas se dio cabida a los nuevos frutos de la modernidad. Los escritores que formaron el cuerpo de redacción de esa revista habían recibido los beneficios de la educación porfirista, una educación afrancesada, en la que el dominio de la lengua de Victor Hugo era imperativo. Pero tenían afición por las lenguas, dominaban también el inglés, todos ellos fueron dueños de una prosa impecable, renovadora, ágil y precisa, con un toque artístico que era el resultado de profundas lecturas en Ortega y Gasset y Benjamín Jarnés, por mencionar sólo dos de sus modelos. Esos jóvenes se vieron atrapados en un debate que no buscaron. Se les acusó de extranjerizantes, de malos patriotas, de seguir el mal ejemplo de Alfonso Reyes quien desde sus puestos diplomáticos de Madrid y París se ocupaba de Mallarmé y Góngora, del problema artístico en la Grecia Clásica, en lugar de hablar de las esencias mexicanas, en lugar de hablar de la China Poblana y la cerámica de Tlaquepaque, de las delicias del mole y de la Danza de los Viejitos. Los intelectuales nacionalistas tenían pocas ideas y mala prosa.

Atento, entusiasmado, curioso y desde sus primeros años de escritor, lleno de pasión crítica, el joven Octavio Paz no se conformó con asistir como espectador a ese momento de la cultura mexicana. Con sus condiscípulos de la Escuela Nacional Preparatoria fundó una revista: *Barandal*, y poco más tarde los *Cuadernos del Valle de México*. Pero lo más importante de esos años es el descubrimiento, en las páginas de la revista *Contemporáneos*, de dos autores que serían esenciales en la formación de su arte poética: T.S. Eliot y Saint-John Perse. El joven Octavio Paz leyó entonces, una lectura fecunda por muchos

motivos, la traducción de la *Tierra baldía* y de *Anábasis*. Por un lado la modernidad con su fragmentación del yo, del yo antirromántico, del artista ya no como héroe y sino como un *clown*, de la construcción del poema mediante el recurso de lo que ahora llamaríamos intertextualidad; y por el otro la palabra en total expansión, siguiendo sólo los dictados del deseo, instaurando una lógica propia y abarcando territorios no frecuentados por la poesía. Quizá ya no podamos imaginar, ahora que ambos poemas han devenido, oh paradoja, en piezas clásicas de la vanguardia, el asombro del joven Octavio Paz ante una forma radicalmente distinta de escribir poesía. La aventura de la modernidad iniciada por Baudelaire y Rimbaud, en la que no tuvo un papel menor Laforgue, alcanzaba sus cotas más altas. En la década en la que nació Octavio Paz se habían organizado la exposición del Armory Show, en Nueva York, y la Semana del Arte Moderno, en São Paulo, Brasil. Lo sólido se deshacía en el aire. Pero lo más importante para Paz en esos años de la Preparatoria, años de adolescencia, centrales en la vida cualquier hombre, fue la lectura de Juan Ramón Jiménez y la aparición en México, en los escaparates de la benemérita Antigua Librería Robredo, ya desaparecida, de la *Antología de la poesía española contemporánea*, que preparó Gerardo Diego. Juan Ramón Jiménez se encontraba en la cima de sus plenos poderes creativos y cada vez más hacia del lenguaje en sí mismo el motivo de su poesía, aunque cabe aclarar que sus poemas no aparecen en dicha antología: sólo se mencionan los títulos de los poemas que Diego juzgaba representativos de la obra del poeta ovitense (que se negó a figurar en dicha antología) pero su referencia fue importante. Y lo que es más notable: en esa antología figuraban por primera vez los poetas de la generación del 27: García Lorca, Cernuda, Alexandre, Prados, Alberti. Paz no salió indemne de la experiencia de esa lectura. Pero desde un principio buscó no sólo asimilar sus lecturas sino discutir las, inscribirlas en un contexto e indagar en su verdadera dimensión dentro del marco de la creación artística. La pasión crítica orientó toda su vida. Dos autores del 27 lo obsesionaron: Cernuda y Alberti. De Cernuda nos

dejó páginas lúcidas y deslumbrantes porque ejemplifican su capacidad de entender el fenómeno poético. Lástima que no haya sucedido lo mismo con Alberti, pero ahí la interferencia política fue más fuerte que la hermandad en la poesía. Ambos, en sus versiones muy personales le descubrieron la potencialidad de expresión poética que desbordaba sus límites con el Surrealismo.

Abreviemos. Paz ha dejado atrás los años del primer aprendizaje. Poco después de las revistas adolescentes ya mencionadas se embarcó en una aventura cultural de más envergadura y trascendencia: la creación de la revista *Taller*. Octavio Paz, con sus nuevos amigos quería, a través de esa revista, reconocer la deuda literaria adquirida con los escritores de la revista *Contemporáneos* y al mismo hacer la crítica profunda de sus obras. En ese momento en que funda *Taller* lo aproxima a los *Contemporáneos* la simpatía literaria, pero lo aleja de ellos las divergencias políticas. Los comienzos de la vida adulta de Octavio Paz coinciden con los años del gobierno del Presidente Cárdenas, quien ha pasado a la historia de México por haber tomado en serio los postulados sociales de la Revolución Mexicana y por haber expropiado el petróleo a las compañías inglesas y holandesas. La política nacionalista exaltaba los espíritus. Cárdenas concede amplias libertades políticas, el Partido Comunista sale de la clandestinidad, la Unión Soviética era el faro que guiaba las luchas sociales. Paz se convirtió en compañero de ruta de los comunistas, como se decía entonces. Es joven y se identifica con las tareas educativas del cardenismo. Abandona los estudios universitarios, con gran disgusto de su mamá, Josefina Lozano, para quien su hijo sólo era tan sólo un vago sin oficio ni beneficio. Paz buscaba alejarse del medio familiar y aceptó un empleo como profesor de educación primaria en una escuela para hijos de obreros en el lejano estado de Yucatán. La nueva experiencia dejará una profunda huella en el poeta. Por primera vez se enfrenta *in situ* con esa fase de su cultura que es el pasado prehispánico, reflexionó en ese ámbito sobre las civilizaciones que le ofrecían otra visión del mundo y la cultura. Frente a las piedras mayas tomó conciencia de la otredad, de otra experiencia del

tiempo y de un mundo de formas muy apartado de su formación cultural primera. Allí recibió una invitación para asistir al Congreso de Intelectuales Antifascistas que se celebró en Valencia, España, el año de 1937. Él comentó que esa invitación había sido posible gracias a Pablo Neruda, quien había sugerido su nombre al comité organizador del congreso. Este hecho muestra el gran prestigio que había alcanzado en su temprana juventud. Es necesario destacar que Octavio Paz fue un artista precoz: a los diecinueve años publicó su primer libro, *Luna silvestre*, más bien, una breve plaquette, en la que se advierte ya su enorme talento para la poesía. Su segundo libro, *Raíz de hombre*, fue recibido como el de un poeta consumado. Entonces Paz no había cumplido los treinta años. En *Taller* demostraba que sus lecturas eran muy amplias, que su curiosidad se desplegaba por todos los puntos cardinales del mapa cultural de mundo y que su energía intelectual era inagotable. Su opinión sobre movimientos literarios, libros y artes plásticas empezó a ser respetada y tomada en cuenta.

Cuando Octavio Paz zarpó hacia París con destino final en Madrid, es ya un escritor que había adquirido una sorprendente madurez como artista. En España se reencontrará con Rafael Alberti. Se habían conocido en 1934 en México. El poeta andaluz había marchado a México para hacer propaganda a la causa de los mineros asturianos. Todos sabemos como empezó y acabó la sublevación de los obreros de Asturias. Cuenta Octavio Paz que Rafael Alberti fue el primero en advertir su interés por la poesía como un fenómeno esencialmente de lenguaje y que el lenguaje se había convertido en el centro mismo del poema. Un día de 1934, Efraín Huerta lo llamó por teléfono para decirle que Alberti lo quería conocer. Estaban reunidos en el Bar Alfonso. «Alberti y María Teresa [se refiere Paz a la esposa del poeta español] eran muy bellos y parecían dos ángeles caídos». Y precisamente Alberti era el autor del libro *Sobre los ángeles*, una de las cumbres de la poesía surrealista. Paz advertía ya la importancia que tenía para la poesía los libros inspirados por la poética del movimiento fundado por André Breton y amigos en París.

Fue toda una revelación para Paz la nueva estética del Surrealismo. Pero el Surrealismo no fue asumido consciente y deliberadamente. Fue un largo proceso en el que Paz fue descubriendo que ese movimiento significaba más que una nueva estética, era una actitud, una toma de posición, hacia un mundo regido por los imperativos de la razón y de un orden estético ya agotado. El Surrealismo era para Paz indisoluble de una ética. Pero antes señalemos dos puntos: Octavio Paz nunca fue lo que llamaríamos un poeta surrealista o surrealista en estado puro, y que el pleno acercamiento de Paz al Surrealismo se dio con la amistad con André Breton en el París de los años cuarenta. Las urgencias políticas del momento no habían sido propicias para que se hubiera dado el encuentro entre ambos poetas con motivo de la visita del escritor francés a México en 1938. Eran los años del cardenismo y del viaje con los comunistas. A los ojos de un amplio sector de la izquierda mexicana, Breton no era sino un agente del Troskismo. Breton había movido cielo y tierra para viajar a México. Justificaba su viaje diciendo que quería escribir sobre ciertas realidades de México, pero en el fondo ese era un pretexto para conocer a Trosky, quien se hallaba asilado en México huyendo de la persecución de Stalin. El que fuera considerado un agente del troskismo impidió que Octavio Paz conociera en aquella ocasión al autor de *Nadja*.

Pero antes habíamos mencionado que Paz había viajado ya a España. Viaje fecundo en su vida por muchos motivos. Lo que importa aquí destacar es que conoció entonces a Vicente Huidobro, a César Vallejo, a Jorge Guillén, entre otros. Su estancia duró casi cuatro meses y durante ese tiempo desplegó una intensa actividad al margen de su participación en el congreso: leyó poemas, dio conferencias por radio, escribió a favor de la causa republicana, y lo más importante: hizo amistad con los escritores ligados a la revista *Hora de España* como Gil-Albert, Ramón Gaya, Cernuda, Serrano Plaja, Altolaguirre. El compromiso fue total.

En 1938 está de regreso en México donde escribe con mucha frecuencia artículos políticos en el diario *El Popular*, de clara tendencia izquierdista. Destaca en esa actividad por la elegancia de su

expresión y la profundidad de sus opiniones. En la revista *Taller* da hospedaje a las páginas que escriben sus amigos de la revista *Hora de España* después de la derrota de la República. Cabe recordar que *Hora de España* se convirtió en el exilio en *España Peregrina*. Pero un año después su vida se verá afectada por los cambios políticos. La aceptación se tornará rechazo. El año de 1939 el pacto Hitler-Stalin lo lleva a escribir sobre su desencanto con el comunismo, sobre todo con la Unión Soviética. Las relaciones con sus compañeros se hicieron a partir de ese momento muy difíciles. Para la izquierda de orientación estalinista se convirtió en un apestado político. Se le acusó, como sucedió años antes con los escritores de la revista *Contemporáneos*, de extranjerizante, cosmopolita y exquisito. Al mismo tiempo llegaron a México varios artistas y escritores que buscaban refugio en México ante el clima de inestabilidad y peligro que se vivía en Europa, entre ellos estaban militantes del troskismo como Victor Serge y escritores surrealistas como Benjamin Péret. La poesía también se vio afectada por la nueva posición social de Paz, que realizó una autocrítica de su obra y reconsideró los dos polos entre los que se había movido su poesía: erotismo y compromiso político.

La amistad con los autores surrealista orientó su poesía hacia nuevos horizontes. Muchos años después Paz recordaría: «gracias a mis amigos de *El hijo pródigo* [que era la revista literaria más importante de esa época, dirigida con un espíritu muy abierto por el poeta Octavio Barreda] y a mis nuevos amigos europeos puede encontrar una vía de salida del enredo moral, político y estético que me asfixiaba al iniciarse la década de los cuarenta». Octavio Paz se encuentra entonces a disgusto en México, buscó una salida y la encontró en la beca Guggenheim, que obtuvo en 1943. Viajó a San Francisco, California, y descubrió la poesía norteamericana. En esos años estaban en el apogeo de su prestigio literario los poetas que han fundado la modernidad en la poesía norteamericana: T. S. Eliot, Ezra Pound, Wallace Stevens, e. e. cummings, William Carlos Williams. Esa versión de la modernidad se relacionaba en ellos con la búsqueda de un lenguaje poé-

tico que tomó como base el habla coloquial, la expresión directa y sencilla, por un lado, y por el otro, la potencialidad de la palabra como sustancia misma del poema: la lección de los maestros franceses tamizada por la experiencia de la cultura en el mundo anglosajón. Las lecturas de Paz fueron intensas y profundas, y entre ellas destacó la de los Románticos leídos en su lengua original. La poesía de Octavio Paz navegaba ahora por otro de los afluentes del gran río de la poesía con mayúsculas. Cada vez quedaba más lejos la preocupación por el compromiso político como programa para escribir poesía. Eros adquiría otras dimensiones en su escritura, en la transmutación de la experiencia vivida en lenguaje. Su estancia en los Estados Unidos le permitió tener una perspectiva de la tradición poética de su país. Para los años cuarenta los Contemporáneos habían escritos ya sus libros más importantes y se había iniciado una lectura desapasionada de los Modernistas mexicanos. Cabe aclarar que se entiende como Modernismo en México y Latinoamérica lo que en Francia y otros países se llamó Simbolismo y Parnasianismo.

Cumplida la etapa de los Estados Unidos, Octavio Paz vivió una especie de Purgatorio. La beca Guggenheim le había proporcionado los medios para vivir. Cuando ésta se acabó el poeta tuvo que sumergirse en el subempleo. Todo parecía mejor antes que regresar a México donde el ambiente lo agobiaba y en cierta medida le era hostil. Intentó trabajar hasta en la marina mercante, y tuvo un empleo curioso que consistió en doblar películas de Hollywood al español. Pero lo más curioso es que su voz no se prestaba para el trabajo de actor. En el límite de la desesperación el azar hizo que en Nueva York se cruzara en su camino el General Rafael Castillo Nájera. El General Castillo Nájera había sido muy amigo de Octavio Paz Solórzano en los tiempos de la revolución, y había conocido a Octavio Paz en sus años de infancia. Castillo Nájera se distinguía por su amplia cultura. Había sido embajador en Bélgica y en los Estados Unidos y era autor de libros de poemas y de una antología de la poesía belga. Tenía en gran estima a Octavio Paz, y sin que el

poeta se lo propusiera, el General lo recomendó de inmediato para que ingresara en la carrera diplomática. Su primer destino fue París, a donde llegó en 1946. Hay que leer las lúcidas notas de George Steiner sobre el París de la ocupación nazi, cuando, paradójicamente, en un ambiente de persecución y de zozobra para muchos intelectuales, obvio decir que los judíos estaban en la mira de la represión, se escribieron obras de gran trascendencia no sólo para la cultura francesa. Fueron los años en que Sartre y Camus, Paul Claudel y Malraux. Aragon y Paul Eluard habían alcanzado la cima de su prestigio como creadores. La inercia de ese ambiente se extendió a los años de la inmediata postguerra. Paz se instaló en París, y muy pronto hizo amistad con André Breton y comenzó a colaborar con la revista *Fontaine*, que se situaba al margen de la izquierda estalinista y de la derecha mauraciana. Octavio Paz está en París cuando se lleva a cabo una profunda renovación en el pensamiento filosófico y en los métodos de la crítica literaria. Está en París cuando se discute la validez del intelectual comprometido, *engagé*, como se solía decir, y está en esa ciudad en el año que Kruchov denuncia los crímenes de Stalin. Se halla en un ambiente bastante estimulante. Desde ahí observa a su país y reflexiona sobre su cultura. Escribe *El laberinto de la soledad* y el libro que será central, la cumbre de su obra poética: *La estación violenta*. Desde Europa colabora en las publicaciones más interesantes de México, que no eran mucho en esa época, se podían contar con los dedos: *México en la Cultura* y la *Revista de la Universidad*. Los años diplomáticos de París tuvieron un paréntesis: hubo viajes y estancias en el Oriente, en la India y Japón. Fue el primer contacto con las culturas marginales dentro de nuestra tradición occidental y fue su primer acercamiento a una espiritualidad inédita para su pensamiento, que motivó su gran curiosidad literaria la cual dio como fruto la traducción de poemas chinos y haikús japoneses, y en ensayos sobre la estética de Oriente. En la sístole y la diástole de absorber lecturas y experiencia, de reflexionar sobre los peligros de la historia, y sobre el deseo erótico y el lenguaje sin mancha de pecado original, ese pe-

cado original que es el ruido de la historia, prometida como paraíso. Octavio Paz fue construyendo una sólida obra que logró el reconocimiento mundial. *La Estación violenta* es el libro de la madurez, de los plenos poderes como poeta, en este libro están presentes los ejes de su poesía, que apartir de entonces no se modificarían: el amor y el deseo en el ámbito de una pasión por la libertad de la palabra que en sí misma es la realidad última de la poesía y del hombre en su dimensión espiritual. *Piedra de sol* es el poema fundamental, y de fundación. Es la síntesis de todas sus inquietudes como un poeta que reflexiona ante su tradición poética y que ha sufrido las contaminaciones de la historia. La amistad y el fructífero diálogo que Octavio Paz tuvo con André Breton, el sumo sacerdote del Surrealismo, se plasmaron en poemas como *Piedra de sol*. Pero como ya mencionamos: Octavio Paz no fue un poeta surrealista, la poesía del surrealismo no le interesaba en sí misma, ni le atrajeron los juegos como el *cadáver exquisito* o la *escritura automática*, lo que de él tomó fue su programa y sus utopías poéticas. Para Paz el Surrealismo fue un movimiento histórico que degeneró en un estilo y una convención. Todo lo que está manchado por la historia, todo lo que está sujeto a la corrosión del tiempo, es rechazado por Paz. En 1959, cuando ya había publicado la *Estación violenta*, en 1957, Paz habló con el traductor francés Claude Couffon sobre el Surrealismo y el papel que éste había desempeñado en su proceso creador: «Para mí su influencia ha sido decisiva, pero más como mentalidad, como actitud... He encontrado en el surrealismo la idea de la rebelión, la idea del amor, y de la libertad, en relación con el hombre».

Pienso que no hay mejor definición de lo que buscó expresar en el poema *Piedra de sol*. En las páginas autobiográficas ya mencionadas, Paz nos habla de la experiencia que fue decisiva en su vocación poética sobre la que reflexionó en múltiples ensayos dedicados a la poesía misma y a los poetas que le interesaron. En ellas habla del instante revelador: «Una tarde», dice Paz, «al salir corriendo del colegio, me detuve de pronto, me sentí en el centro del mundo. Alcé los ojos y vi, entre dos nubes,

un cielo azul abierto, indescifrable, infinito. No supe qué decir: conocí el entusiasmo y, tal vez, la poesía». «Piedra de sol» puede considerarse como una vasta experiencia poética cuyo centro es ese instante de revelación en el que se está en presencia de un poema lleno de mundo, en que toma cuerpo la idea de la mujer y el deseo en plena libertad, en un espacio y un tiempo mítico, un tiempo cíclico como el tiempo prehispánico, no contaminado por los accidentes de la historia; para destacar este hecho, Paz parte de su biografía personal y por eso se escuchan los ruidos de la historia, de la vida cotidiana contaminada de todas las excrecencias existenciales.

En unas notas que acompañaban al poema *Piedra de sol*, en la primera edición, se puede advertir el interés de Paz por las culturas prehispánicas y su visión de un tiempo central y circular, que forma el entramado mítico sobre el que se desarrollaba una idea de movimiento, una idea de los hombres insertos en un tiempo, en el que Paz funda una utopía del amor y de la pareja de amantes, con su ración de paraíso, fuera de la historia y de un tiempo sucesivo, donde se vive la cárcel de un *yo*, de una entidad sin la posibilidad de ser otros, de reencarnar en otro *yo* sujeto sólo a los dictados del deseo. En esas notas, decíamos, escribe Paz: «En la portada de este libro aparece la cifra 585 escrita con el sistema maya de numeración; asimismo, los signos mexicanos correspondientes al Día 4 Olín (Movimiento) y al Día 4 Ehécatl (viento) figuran al principio y al fin del poema. Quizá no sea inútil señalar que este poema está compuesto por 584 endecasílabos. Este número de versos es igual al de la revolución sinódica del planeta Venus, que es de 584 días. Los antiguos mexicanos llevaban la cuenta del ciclo venusino (y de los planetas visibles a simple vista) a partir del Día 4 Olín; el Día 4 Ehécatl señalaba, 584 días después, la conjunción de Venus y el Sol y, en consecuencia, el fin de un ciclo y el principio de otro». Este tiempo circular marca el ritmo del movimiento, de la movilidad de los versos que van tejiendo el poema dentro de su estructura circular, por ello no hay puntos finales sino comas y dos puntos.

Otra clave para ingresar en el imaginario que constituye el poema es, por supuesto, el epígrafe que lo encabeza y que está formado por la primera cuarteta del soneto «Arthémis», de la serie de *Les Chimères* del poeta francés Gérard de Nerval. La elección de los versos de Nerval señala la filiación romántica de Paz, con el amor y el deseo como liberación. Los versos del epígrafe dicen:

La treizième revient... c'est encor la première;
et c'est toujours la seule –ou c'est le Seul moment;
car es-tu reine, ô toi, la première ou dernière?
es-tu roi, toi le Seul ou le dernier amant?

(La treceava regresa... sigue siendo la primera:
Y es siempre la Única: o es el único momento:
Pues, ¿eres, oh tú, Reina, la primera o la última?
Eres tú Rey, tú, el único o el último amante?)

Nerval al hablar de números ordinales para referirse a los amantes nos está remitiendo al Tarot, como el camino para interpretar el orden dentro del caos. En el Tarot el Arcano de la Muerte, la decimotercera carta significa renovación del ciclo y paso a otra etapa. En un libro sobre el Tarot escrito por Eden Gray se lee que la carta número trece [la Muerte con armadura de caballero] no representa obligatoriamente la muerte física sino la de nuestro antiguo ser: Su significado adivinatorio se refiere a lo que cambia y se transforma. A veces significa destrucción seguido o precedido por renovación.

En su primer movimiento el poema se extiende hacia el futuro con un río que avanza. Hay una voz impersonal que habla de una agua que mana toda la noche profecías. Y de repente hallamos la presencia de *Tú*, la mujer a quien se dirige la voz que habla en *Piedra de sol*; la que hace al mundo visible por su cuerpo y transparente por su transparencia. La voz se personifica en la próxima estrofa con la aparición de un *Yo* que avanza hasta penetrar «los corredores de un otoño diáfano». Entonces mujer y mundo se hacen un solo cuerpo que el *Yo* recorre amorosamente hasta despenarse, recoger sus fragmentos y

proseguir sin cuerpo y a tientas por otros corredores que esta vez son los de la memoria. Allí el recuerdo desvanece lo que la memoria conserva y la mano deshace lo que toca. *Yo* sale de sí mismo en busca de un instante y de un rostro. La actividad de la búsqueda se cumple a través del acto de la escritura. Mujeres y resurrecciones, ascensos y caídas tejen la espiral del poema.

Podemos decir que “Piedra de sol” es un poema en el que una escritura se sobrepone a otra formando así un palimpsesto: sobre la piel del poema van quedando las huellas de vida de Octavio Paz, el tiempo que lo vive y el tiempo que vive, transmutados en experiencia poética: la palabra da peso al mundo, sólo por la palabra el deseo es real. A la experiencia de España en llamas, que Paz visita por primera vez durante la guerra civil, en 1937, momento que en que la historia irrumpe con violencia pero no logra destruir ese paraíso inventado por amantes:

Madrid, 1937,

en la Plaza del Ángel las mujeres
cosían y cantaban con sus hijos,
después sonó la alarma y hubo gritos,
casa arrodilladas en el polvo,
torres hendidas, frentes escupidas
y el huracán de los motores, fijo:
los dos se desnudaron y se amaron
por defender nuestra ración de tiempo y paraíso

Se añade la actitud romántica del poeta, de un poeta habitado por el amor, donde el sueño y deseo trascienden una realidad lúgubre. La mujer sigue en el centro del torbellino que es el poema:

entrevista muchacha reclinada

en los balcones verdes de la lluvia,
adolescente rostro innumerable,
he olvidado tu nombre, Melusina,
Laura, Isabel, Perséfone, María,
Tienes todos los rostros y ninguna,
Te pareces al árbol y a la nube,
eres todos los pájaros y un astro,



te pareces al filo de la espada
y a la copa de sangre del verdugo,
yedra que avanza, envuelve y desarraiga
al alma y la divide de sí misma,
escritura de fuego sobre el jade

“Todos los siglos son un solo instante”, dice un verso del poema. “Piedra del sol” puede también leerse desde su intención de totalidad, como el Aleph inventado por Borges, sólo que en el poema, la aventura no es sólo intelectual, en éste hay espacio para las pasiones, donde se expresan las potencia del sueño y los deseos. El poema expresa también la filiación romántica de Octavio Paz, y por eso al verso lo cruzan vientos de surrealismo, si consideramos

que con este movimiento culmina la ambición romántica: instaurar una realidad al margen de la historia donde sólo el lenguaje es piedra de fundación y llave del arco. El poema empieza donde termina porque el tiempo es circular y el lenguaje hace posible la resurrección de todos nuestros instantes.

Octavio Paz escribió después de “Piedra de sol” poemas memorables, pero que no modificaron su visión del mundo y del lenguaje, sino que profundizaron en ella y fueron frutos de esa biografía privilegiada de la que hemos hablado, pues su dilatada vida le permitió atestiguar el ocaso de las vanguardias y hacer el balance de todo lo que sigue vigente en ellas. La filiación romántica de Paz sólo la canceló la muerte, que ocurrió el 19 de abril de 1998.

